

murmurando, con la cara colorada y llena de despecho. Pero, ¡Dios santo, se la había buscado! Había ido al castillo central, á un grupo de aldeanos, á explicar que aquella fosforescencia de las aguas era producida por una cantidad de animalillos microscópicos, llamados con no sé qué nombre del otro mundo; ó en otros términos, que todas aquellas chispas eran animales. Esta vez, á la verdad, la había inventado demasiado gorda, y la explicación fué acogida con una risotada estrepitosa.

Pero ya un nuevo espectáculo atraía la atención de todos. Habiéndose aclarado el cielo por todas partes, se veían por primera vez en el horizonte las cuatro hermosísimas estrellas de la cruz del Sur, desconocidas en otras latitudes, centelleando en la oscura soledad de los llamados sacos de carbón: los desiertos del cielo austral. De un lado resplandecían limpidísimamente, el *alfa* y la *beta* del Centauro, y del otro la constelación Argos, ó El Navío, con el espléndido sol Canope. Todo el firmamento brillaba terso y tranquilo.

La estrella polar había desaparecido por completo.



## XIV

## EL OCEANO AZUL

**A**QUÍ, en el 17.º día, encuentro anotado en la carta de Berghaus, que se debía pasar la famosa línea trazada por Alejandro VI para dividir el mundo entre Portugal y España, y al lado encontré estas palabras: — *Buen tiempo fuera y dentro.* — El humor con efecto de aquella multitud de emigrantes seguía con fidelidad admirable las variaciones del mar. Así como al hablar con un personaje poderoso al cual pedimos un favor y que nos puede perjudicar, nuestro rostro refleja inadvertidamente todas las expresiones del suyo, así los pensamientos y las conversaciones de toda aquella gente se hacían negros, amarillos, grises ó azules, según el color de las aguas que atravesábamos.

Exactísimo es decir la *cara del mar*, porque el allanarse y el arrugarse de su superficie, las sombras que se agitan y las tintas pálidas ó tétricas que lo cubren de pronto, semejan de admirable modo los movimientos del rostro humano, el cual refleja la agitación de un alma móvil y desconfiada. ¡Cuántos cambios se sucedían en pocas horas, sin dejar de hacer buen tiempo! El Océano, que parecía viejo y cansado, se rejuvenecía en pocos minutos, recorrido por un estremecimiento de vida que lo cambiaba todo. Después se aquietaba, pensativo, y se aburría y se adormecía, para despertar luego como forma sacudida, inquieto, cejijunto, ofendido de aquella cáscara de nuez llena de hormigas que le pasaba sobre el cuerpo y parecía que meditaba una mala pasada; después recaía en una indiferencia desdeñosa, ó perdonaba y decía sonriendo: — Pasad, pasad. — Mudaba rápidamente con ello el aspecto de la embarcación, como si aquellas mil seiscientas personas hubiesen tenido un solo sistema nervioso.

A las diez, todos tendidos, silenciosos, con el aspecto de gentes que no tuviesen ya nada que esperar en este mundo, daban al *Galileo* la apariencia de un lazareto flotante: una hora después, por efecto de un soplo que barría el horizonte ó de un rayo de luz que doraba al proa, todos en pie, todos en movimiento, y un

murmullo, una alegría de la que ellos mismos estaban admirados. Y así cambiaban sucesivamente las disposiciones de ánimo de ellos hacia nosotros, y las formas de acogida que nos hacían en sus camarotes. Por la mañana, miradas traicioneras, volverse de espalda y hasta malas palabras silbadas en los oídos, y que reflejaban clara antipatía hacia los *señores*. La tarde de aquel mismo día, por el contrario, miradas benévolas, advertencias á los niños de que nos dejaran pasar, y aun palabras sueltas de agrado echadas á volar para intentar trabar una conversación, y también en esto hacíamos lo mismo que ellos. Pensábamos á veces, mirándolos, cuando hacía buen tiempo: — ¡Pobre y buena gente! ¡Al fin son nuestros! ¡Qué no haríamos por verlos contentos! ¡Qué bueno sería que nos quisieran! — Y en otros momentos, cuando el cielo se encapotaba: — ¡Qué raza de perros! ¡Perros que nos ahorcarían á todos si pudiesen! ¡Y nosotros, imbéciles, pensábamos en acariciarlos!

\*  
\* \*

Pero aquel día el cielo estaba azul, á través del buen humor de los pasajeros de tercera,

como por una transparencia moral, se podían hacer muchas observaciones psicológicas. Porque hay que hacerlo notar: bajo la trama de los despechos y de los odios que se había urdido en aquellos diez y seis días de viaje, se había formado otra de simpatías, de cariños y de afectos, bastante más varia y rica que aquella. El comisario lo sabía todo, ó casi todo, por sí propio y por lo que iban á contarle, sin que él preguntase nada, quince ó veinte comadres informadas de todos los chismes, las cuales ejercían, á proa, el mismo oficio que tenían á popa la madre de la pianista y el agente de cambio. Y era una diversión impagable oírle presentar el cuadro de las pasiones, en la cámara del capitán, con los ojos fijos sobre la multitud, indicando, uno por uno, á los personajes, con aquel hablar lento de juez municipal, muy cómico por dentro y por fuera grave.

La proa, toda negra de gente, se extendía por abajo como un vasto escenario descubierto, acariciado, en aquel momento, por una brisa suave, que hacía ondear la ropa blanca puesta á secar y agitarse las puntas de los pañuelos y los cabellos, sobre las sienes de las mujeres. Y él contaba... Los amores eran muchos, y viéndose obligados á permanecer la mayor parte siempre, ó casi siempre, en los límites de una vigorosa castidad, se habían venido encendiendo y

exasperando, puede decirse que á ojos vistos, como no sucede nunca en la ciudad ni en el campo. No había mujer joven, casada ó soltera, que no tuviese sus adoradores impúdicos ó prudentes, á las claras ó encubiertos, correspondidos ó no correspondidos, incautos ó cautos. La continencia y el tener siempre el objeto amado á la vista, casi en contacto, viéndolo en el desorden del vestido por la mañana, en el abandono del sueño durante el día ó la noche y en la libre desnudez de la maternidad, había hecho nacer caprichos y pasioncillas vivas, aun en las rústicas matronas semiseculares que, por su continente, no hubieran sido dignas ni de un pelizco.

Las jóvenes, á menos que fuesen feas hasta infundir pavor, todas tenían verdaderos asedios de enamorados; algunos de éstos, al cabo de algún tiempo, se cansaban y se dedicaban á revolotear alrededor de otra belleza, dejando el puesto vacío para otro; así los grupos se iban cambiando. Eran concupiscencias pasajeras y contemplaciones platónicas, que tenían por objeto, más que otra cosa, pasar el tiempo; ó eran amores de broma, sin otro fin que el de divertirse los compañeros de viaje. Pero había también enamoramientos serios, fuertes y que llegaban al alma, de una audacia, de una brutalidad tales que desafiaban la luz del sol y la

disciplina del barco; tercios y celosos como árabes, que no admitían la concurrencia en derredor suyo y que amenazaban con cuchilladas á diestro y siniestro.

Estos tenían, todos, sus puestos fijos durante el día, y, cuando no podían intentar nada, perseguían al objeto de sus adoraciones con ojo de gavilán que acecha su presa é injuriaban hasta á los que, al pasar, les interceptaban sus miradas. Se habían encendido en este fuego hasta ciertas cabezas grises, algunas cotorronas de piel de rinoceronte, en las cuales se hubiera dicho que la chispa no se podía ya encender sino por fricción. Uno de éstos, con cara de jabalí, se había enamorado de la labradora de Capicotta, cuyo rostro redondo de imagen mal lavada, coloreado por el reflejo de un pañuelo con rosas encarnadas, había hecho perder también la chabeta á otros, á pesar de la presencia de un largo marido barbudo.

Las dos coristas, que iban de un lado para otro desde la mañana hasta la noche, riendo con todos, tropezando con todo el mundo, dándose encontrones por todas partes, parecía que tenían un goce particular en hacer pecar á los buenos maridos; las mujeres las odiaban como la peste y las apostrofaban sin reparo, delante y detrás, amenazando con acudir al comisario para que limpiase de ellas la proa, porque era

una cosa que daba asco. Pero no eran las únicas: había otras, con caras estropeadas, que seducían á los padres de familia con un poco de harina en el rostro y alguna porquería en el pañuelo, y pasaban delante de las mujeres bien educadas con cierta sonrisa burlona, echándose de señoras: una infamia: ¿qué hacía la policía de Génova? Pero era penosa, sobre todo, la compañía de aquella negra del Brasil que parecía una mona, á quien no se veía mas que á las horas de comer y por las noches; pero que había encendido una verdadera fragua de pasiones: parecía imposible—decían—con aquella nariz tan chata y aquel hedor á chotuno, y todos alrededor ó detrás de ella, como perros, para oler aquella suciedad y comer en su compañía. Ya, por ella, habían estado dos maridos á punto de irse á las manos: uno había tenido con su mujer un altercado que se había oído hasta en la máquina; á otro le había dado la suya una sonora bofetada, que él le había devuelto puntualmente, reservándose el pagarle los intereses en América. La gruesa boloñesa, al menos, conservaba cierto decoro, pudiendo llevar intacto al otro mundo—decía el comisario—su nombre de *muchacha honesta*: se decía, sin embargo, que tenía el corazón herido por un emigrante suizo, y que su conducta por la noche era muy dudosa; pero de día, entre la

gente, conservaba una dignidad de archiduquesa, tanto más altanera y desdeñosa, cuanto más crecía en derredor suyo la insolencia de las suposiciones hechas acerca del misterio de su inseparable bolsillo.

Había, sin embargo, otras muchas que, aun en el amor, daban buen ejemplo: muchachas morigeradas, ó al menos tímidas, que llevaban decorosamente sus honrados amores con los jóvenes, los cuales ó eran amigos del corazón ó amantes con buen fin, que estaban todo el día, constantemente cosidos á sus faldas, en lánguidas y respetuosas posturas, á la vista siempre de los padres.

Pero, en general, la galantería adoptaba unas maneras y hablaba un lenguaje que debía acelerar y perfeccionar de especial modo la educación de los niños y de muchas chiquillas de diez á catorce años que había á bordo, y que en aquel gentío lo veían y lo oían todo. Los más bajos instintos, domados en la vida ordinaria por el trabajo, ó dormidos en la quietud solitaria de los campos, se habían despertado poco á poco como culebras en el pecho de toda aquella gente amontonada y ociosa con los calores tropicales; y cuando la oscuridad de la noche animaba á los circunspectos y quitaba todo freno á los tímidos, se veían y se oían cosas capaces de ruborizar á un soldado de caballería. En

cuanto á la forma, claro está, siendo pornográfica en gran escala; que, en cuanto á la esencia, era la misma que en muchas salas elegantes se observa y se traga, dorando la píldora, sin que nadie se escandalice.

Y después... ¿qué sucedía después? Preguntado sobre este particular, el comisario se atu-saba el bigote, meneando la cabeza. Sin duda el reglamento estaba claro: el capitán no transigía, y el jorobadito era incorregible; pero la proa era grande y estaba poco alumbrada, llena de ángulos oscuros y rincones oportunos, y entre los emigrantes podía más que la envidia y los celos, que hubieran impulsado á descubrir algo, el sentimiento de la solidaridad, fundado en el *hoy por mí, mañana por ti*, que les inducía á protegerse. Además de que, durante la noche, el jorobado no estaba siempre allí, en la escalera de los dormitorios, haciendo la guardia, y con frecuencia se dormía; y entonces había unas fiestas furtivas, una tarantela de pecados mortales que, si la veían las estrellas de la constelación de la Cruz, espectadoras de los amores al aire libre de los indios, podían decir con propiedad que todos los hombres son hermanos. En las noches sin luna y sin estrellas principalmente, y cuando era muy fuerte el calor, no hubiera bastado un batallón de vigilantes.

Precisamente mi buen jorobado, pasó, mien-

tras hablábamos de él, con una botella de aceite en la mano, y siguiendo quizá el curso de sus pensamientos, me dijo:— Es peor una rubia que siete morenas.— Después, recogiendo un momento y levantando el índice, añadió:— Si las porquerías pesasen, nos habíamos ido ya á fondo desde hace diez y seis días.— Y ahora, ¿qué ocurre?

\*  
\* \*

Eran los muchachos de proa, que aplaudían la maniobra de alzar las velas, de modo que el navío se encontraba con todas sus grandes alas desplegadas, y se deslizaba sobre el mar azul en toda la plena majestad de su belleza. En el mismo momento, como para festejarlo, una bandada de aves acuáticas del Brasil vino á dar tres vueltas alrededor de los mástiles, y después, desaparecieron. Nunca me había parecido tan hermoso el *Galileo*, ancho y poderoso, pero las ondulantes curvas de sus lados y su gran longitud le daban la gracia de una desmesurada góndola.

Sus altísimos mástiles, enlazados entre sí por una trama de cuerdas, parecían troncos de gigantes palmeras, ya podadas, unidas por ramas sin hojas, y las anchas bocas rojizas de los

tubos de ventilación hacían el efecto de colosales cálices de flores, atraídos por la América, en vez de serlo por el sol. Los lados negros y severos de alquitrán, la cubierta erizada de máquinas de hierro y envuelta en nubes de oscuro humo; este aspecto rudo, de vasto taller, alegrado por las azules lanchas que se cernían á los costados, por las altas velas blancas é hinchadas, por puentes móviles cuyo perfil se recorta en el cielo, por cien reflejos de metales, de maderas, de cristales, por mil objetos y formas diversas y raras, que representan cada uno una comodidad, una elegancia, una defensa, una industria, una fuerza... Y el ruido de la máquina, los golpes profundos del propulsor, las paletadas de la hélice, el chirrido de las cadenas del timón, el silbido del sulcómetro, el ruido de las anclas, el sonido de los cristales, formaban una música difusa y rara que acariciaba el oído, y entraba en el alma como un lenguaje misterioso de gente esparcida é invisible que, en voz baja, se incitaba recíprocamente al trabajo y á la lucha. La popa se estremecía bajo nuestros pies, como el esqueleto de un cuerpo vivo; el coloso tenía agitaciones repentinas, de las cuales no se sabía la causa, y que parecían estremecimientos de fiebre; sacudidas bruscas y sin gracia, que parecían actos de despecho y movimientos repetidos de proa que semejaban sacudimien-

tos de una cabeza que piensa. Se deslizaba, por el contrario, otras veces, durante largo rato, tan seguro é igual sobre el mar agitado, que ni una bola de marfil se movería sobre las tablas de la cubierta, pareciendo que ni aun le lamían las olas.

Iba sin descanso, por la niebla, en la oscuridad, contra el viento, contra las olas, con un pueblo encima, con cinco mil toneladas en su interior, de uno á otro mundo, guiado infaliblemente por una pequeña plancha de acero que podía servir para cortar las hojas de un libro y por un hombre que hacía girar una rueda de madera con un ligero esfuerzo de las manos.

Recorriamos, con el pensamiento, la historia de la navegación; y saltando desde el tronco de un árbol á la canoa, de la piragua á la barca con remos, y pasando por todas las formas de la nave, engrandecida y fortificada por los siglos, nos deteníamos en aquella forma última para compararla con la primera, y el corazón se nos henchía de admiración, preguntándonos qué otra obra mecánica tan maravillosa había inventado la raza humana. Más maravillosa que el Océano mismo que rompe y devora, á cuya amenaza continua responde con el infatigable ruido de su conjunto:—Tú eres inmenso, pero ignorante: yo soy pequeño, pero soy un genio; tú se-

paras los mundos, yo los uno; tú me rodeas, mas yo paso sobre ti; tú eres muy poderoso, pero yo soy quien soy.

\* \* \*

¡Ah! ¡pobre orgullo humano! Mientras estaba yo bajo la impresión de estos pensamientos, corrió un estremecimiento de proa á popa, y cien voces inquietas, mil semblantes pavorosos se preguntaban mutuamente. El vapor iba á detenerse. Muchos se agolparon á los costados y miraban hacia abajo, sin saber qué se proponían; otros corrieron á buscar al capitán; algunas señoras estaban á punto de desmayarse; el buque se paró.

Es imposible expresar la siniestra impresión que produjo aquella parada repentina y qué triste figura de pobre juguete destrozado tomó, de pronto, aquel enorme bajel inmóvil y silencioso en medio del Océano. — ¡Cómo se desvaneció, de repente, la confianza en sus fuerzas y en el poder del hombre! Y en el mismo instante se reveló la perversidad humana que goza con el terror y las angustias del prójimo; los pasajeros corrían la voz de que estaba á punto de reventar una caldera de que se había roto la quilla y de que entraba el agua en la bodega. Se oyeron gritos de mujer. Los fogoneros,